

CINCO POEMAS

POR

PEDRO LEZCANO



1944

COLECCIÓN PARA 30 BIBLIÓFILOS,
EDITADA POR J. M. TRUJILLO. — 8

CINCO POEMAS

CINCO POEMAS

POR
PEDRO LEZCANO



1944

COLECCIÓN PARA 30 BIBLIÓFILOS,
EDITADA POR J. M. TRUJILLO.—8

TIRADA DE 50 EJEMPLARES NUMERADOS, DE LOS
CUALES 30 HAN SIDO FIRMADOS POR SU AUTOR.

(ESTOS CINCO POEMAS PERTENECEN
AL VOLUMEN MI ALBA DEMORADA.)



R. Lezcano

PEDRO LEZCANO, POR R. LEZCANO

À MI
MEJOR AMIGO,
MI HERMANO RICARDO.

APOLOGÍA DE LA BOMBA

DE aire en el aire un agorero canto
— sirena analfabeta de tritones —
desorbita los ojos del espanto.

Se desenfrena un ansia de rincones
— geotropismo que a sótanos incita —
Los cantares se tornan oraciones.

De alas anquilosadas la maldita
ave llega, emitiendo su voz grave
desde una giradora margarita.

Y ya: parto en el aire. ¿Un pez? ¿Un ave?
Sin escamas, de soles recamado,
quiere volar, pero volar no sabe.

¡Oh pez entre luceros extraviado,
la inconsecuencia humana hace tu suerte,
hijo del hombre por el hombre odiado!

Flecha del mal encinta, si al hacerte
dada te fué premeditada vida
para que dieses concentrada muerte,

¿por qué gimen los labios de la herida
y la causante mano el odio cierra
y se maldice tu misión cumplida?

¡Gloria a tu voz, capullo de la guerra,
que tu estallada flor de algodouero
ensucie el cielo en voladora tierra!

EPÍSTOLA

A VENTURA DORESTE

COMO en días pasados en amistad más fuerte,
cuando hablábamos juntos de la gloria y la muerte,
quiero escribirte ahora, sin retórica alguna,
en este alejandrino con rítmica de cuna.

Ambos hemos cambiado más de lo que quisiera;
¡Oh tempus edax rerum! — que dice mi portera.

Entonces te decías esclavo de tí mismo,
y a un pasajero hipo llamabas cataclismo.

Y yo, ingenuo, de todo, de todo me reía,
soñándome bohemio desde mi burguesía.

Cosas han transcurrido. Tú al fin has encontrado
fuera de tí, no dentro, tu sosiego anhelado.

Haces bien al anclarte, si es a tu gusto, amigo.
El solterón acaba casándose consigo;

se regala, se mima, se acaricia a sí mismo,
vive en un fisiológico monstruoso egoísmo.

¡Ay, yo mi rancia estirpe de semental denigro!
¡Mi faz de papagayo, mi apellido en peligro!

Siento en lo más profundo de mi dura conciencia
cómo gime y maldice mi fetal descendencia.

Mas ¿qué hacer si no puedo luchar con mi incons-
[tancia,
ni ser sensible sólo a una misma fragancia;

si vivo imaginando las cosas escondidas,
y aquellas que me llegan, me llegan ya vividas?

La sociedad nos hace tratar a las mujeres
con un estimativo mirar de mercaderes.

Y, en esta obsesión, todas mis ilusiones mato,
viendo en el valor precio, y en el trato contrato.

Cuando el sol sea recuerdo de luz en las campanas,
sentirás mi saludo desde tierras lejanas.

Yo te soñaré, amigo, desde lejanos puertos,
y reviviré, triste, nuestros instantes muertos . . .

. . . y mezclaré mi planta las tierras extranjeras . . .
. . . y recitaré versos a remotas rameras . . .

Y dejando los sueños de este vivir errático,
despertado a mi vida de orondo catedrático,
restregaré mis ojos, borrachos de delfines,
y zurciré yo mismo mis pobres calcefinés.

POEMA AL SUELO

NADIE piensa, de bruces en la tierra,
que está abrazando a un astro, ni se siente
hijo de cortos brazos, angustiado,
cuyo abrazo de amor se estrella en cruz.

Tierra, límpida tierra inentendida,
tu amor se vierte a mí desde el gusano
que me coserá a tí con hebras de aire.

El suelo es lo absolutamente limpio:
veta, maticiz o sombra; pero nunca
una mancha en la tierra es una mancha,
(quise lavar la tierra y creé el cieno).

Yo amo la tierra en sombra bajo el árbol,
endulzada por frutos en olvido,
y la tierra mojada — tierra encinta
de flores y raíces venideras,
latente de pisadas y cayados . . .

En ella la semilla está y la rosa,
y la mujer que ha de llevar la rosa.

De ella parte el arrullo de la vida
que nos duerme al final, sin conocerlo.
¡Qué paz después! ¡Qué sueño dibujado
en la quijada de animal remoto!

Reserva el sol, no derrochando en brillos,
para el fruto, la pluma o la pupila.

Pero el hombre camina de puntillas
para tocarla menos, pues, aún niño,
teme al desmesurado padre ogro
— el suelo — donde el tétano dormita.

¡Quiero aprender a amarte, hozar en tí,
y ensayar la negrura de tu abrazo
en esa breve muerte anticipada
de mis ojos cegados por el polvo!

MI ALMA, OCULTA...

MI alma, oculta en la torre de mi frente, se sabe
a dos metros escasos del suelo que la aterra,
y allí sueña con alas y llama hermana al ave,
mientras mi boca siente que rechina la tierra . . .

Cuánto anhelo de cumbres, cuánto delirio, cuánto,
en un cuerpo que reptá con ensueños de vuelo...
Si algo de mí a la estrella llega, será mi espanto,
que es mi amigo y mi sombra, que es mi infierno y
[mi cielo.

Ni construyendo sueños, ni inventándome dioses
consigo no sentirme de mi terror poseso.
Todos mis «hastaluegos» bien sé que son «adioses»,
que entre el suelo y mis labios hay decretado un
[beso.

POEMA DEL LLANTO VERDE

... *Flumina amem silvasque inglorius.*
VIRGILIO.

I

SE había de ver el agua de las peñas
cantar alborozada,
hacerse todo rosas el espino
y danzar la hojarasca.

Ver cómo en lecho verde nacía el hombre,
y aprendía a reír con la mañana,
cómo la fronda le enseñaba, dulce,
las primeras palabras,
cómo enjugaba el céfiro
el amanecer tibio de sus lágrimas,
cómo del bosque a sus primeros pasos
aplaudían las alas.

No ya sólo caricias, que la mano
del buen amor no es siempre suave y blanda:
completaban al hombre
las inclementes asperezas sabias.

Lleno de sol su cuerpo.
Plena de luz su alma.
Por sus pupilas — verdes de reflejos —
las selvas desfilaban.

Aquella vez el llanto fué rocío
del cuarzo duro y la corola blanda.
Por una senda abierta al horizonte
el hombre caminaba.

Atrás: su cuna verde.
Atrás: su verde aya.
Sordo a los llantos y
ciego a las lágrimas.

Por retenerle, el césped se hacía mano,
y el aire se hacía garra;
y la voz de las aguas se hacía súplica;
y los trinos, llamada.

Despreciando las manos extendidas
y el abrazo de amor de las lianas
—soberbio— el hombre caminó adelante:
del todo hacia la nada.

¡Cuánto gemido aún, desde la madre
en su helado destierro de madrastra!

Esa humedad de llanto que nos deja
su mensajera brisa perfumada;
esa olvidada lengua de las aves;
esa flor de salón guillotizada;
esa queja del tronco que se abate;
ese doliente desgajar de rama;

esa pupila de animal esclavo;
ese impotente aletear de jaula . . .
¿No hablan de madre que sufriendo besa?
¿No hablan de madre que muriendo llama?

4

Verde madre. Verde alma. Verde muerte.
Verde esperanza.

Una sonrisa que perdona
— una sonrisa sumergida en lágrimas —
nos dice de su amor
y nos aguarda.

SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN LA IM-
PRENTA «MINERVA», PERDOMO, 7,
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA,
EL 28 DE DICIEMBRE DE 1944.

